

mencionar, dejó atónitos al marqués, á su esposa y á D. Severo, únicas personas que estaban impuestas en un secreto tenebroso y que habian conocido á la anterior marquesa.

Don Alvaro se desmayó; llevaronle á su cuarto, y cuando volvió en sí, hallándose rodeado de su esposa y de fray Severo, les dijo, trémulo todavia y asustado:

—¿Dónde está?... ¿se ha marchado esa muger ó esa sombra?.. Nadie le contestó.

Verdaderamente estaban tan preocupados como él.

Se incorporó en la cama, y volviendo la vista con zozobra á todos lados, dijo á su muger:

—¡Ha desaparecido!.... gracias á Dios; pero la habeis visto ¿no es verdad? No eran visiones mias; era la misma marquesa, de la misma edad en que murió, tendria treinta años, con el cabello negro, morena la tez, con aquella mirada iracunda que penetraba hasta el alma, con aquel ademan magestuoso y severo!.... ¡Oh!.... sí, sí, era la misma..... no me queda duda; y hace veinte años que murió.....

Cristina y D. Severo se miraban uno á otro y le dejaban hablar; el miedo les tenia pálidos, figurándoseles que podría aparecer otra vez por entre algun cortinaje.

Don Alvaro continuó con agitacion:

—¿Nada me decís?... ¡qué es esto!.... ese silencio me hace creer vuestro pavor; ya no soy yo solo el cobarde.....

A estas palabras Cristina se irguió con altanería, desechando ó procurando desechar el pánico que la aterraba.

—Continúo en mi opinion, dijo; lo que hemos visto, ó han sido visiones de la fantasía ó ha sido una persona que se le parece mucho.

—Advierta V., marquesa, añadió D. Severo, que los tres no habiamos de estar tan exaltados para padecer un mismo delirio; y en cuanto á ser otra persona, ¿cómo ha descubierto nuestro secreto? En este caso nuestra perdicion era cierta.

—Es verdad; mas tambien pudiera ser su hija, que desapareció de aquí sin saber cómo.

—¡Milagrosamente! exclamó el marqués; protegida sin duda por su madre, que la sacaría por la reja, puesto que la puerta se encontró cerrada como la dejamos.

—¡Qué disparates..... hombre! por Dios, no delires; ¡tú crees en duendes y apariciones como si fueras una criatura!.... y es preciso armarse de valor y analizar las causas de este misterioso acontecimiento, dijo la marquesa cobrando mas ánimo, al paso que su marido le perdía.

—Sí, sí; ¡valor!.... tú, que eres tan valiente, inquiere..... busca..... descubre este arcano y recobramos la tranquilidad.

—Pierde cuidado, que lo haré, dijo la marquesa levantándose para hablar con su doncella, que se presentó en la puerta del gabinete.

Sostuvieron una breve conversacion; luego, volviendo á su sitio, dijo:

—He mandado registrar toda la casa hasta el último rincón y no la han encontrado. Los porteros afirman que no ha entrado ni salido por la escalera principal; los lacayos que estaban en la antesala dicen lo mismo, y todos lo aseguran de una manera que no admite réplica.

—Ahí verás, para que vayas dando crédito á mis ideas, dijo el marqués.

—Eso nunca; no quiero incurrir en tus necedades.

—Entonces, ¿cómo me explicarás ese misterio?

—No lo sé; pero yo le descubriré.

—Veamos.

La marquesa se quedó pensativa.

Reinaron unos minutos de silencio.

Luego se levantó y acercándose á un escritorio, puso la carta que hemos visto leer á Guillermina en el capítulo sexto. Concluida que fué, se levantó y acercándose con ella á la cama, dijo:

—Voy á ensayar un medio; quizá nos dé resultado.

—¿Y cuál es? preguntó D. Severo, viendo que el marqués continuaba ensimismado sin hacer caso de nada.

—Me dirijo á la señora de Mendoza.

—¿Y qué tiene que ver en el asunto esa muñeca?.... dijo con acritud el fraile, denominando á Guillermina con el epíteto de *muñeca*, á causa de su pequeña estatura y porque la tenia cierta prevención que disimulaba muy mal.

—Mucho, amigo mio, contestó la marquesa.

—Explíquese V.

—Ella conoció á la madre de Alejandrina, pues era íntima amiga de ésta y se hallaba aquí cuando falleció, por consecuencia debe recordar sus facciones y quiero interrogarla; deseo saber si anoche recibió la misma impresion que nosotros.

—Bajo ese punto de vista es un medio muy acertado; pero lo encuentro algo peligroso por si llegase á penetrar nuestro secreto.

—No es fácil; yo sabré interrogarla con maña.

—Bien, haga V. lo que guste.

—Es preciso apurar todos los medios; de otro modo, nada conseguiremos, y sin descubrir ese misterio, no tendremos tranquilidad.

Cristina cerró la carta, llamó á un criado y le encargó la hiciese llevar al dia siguiente á la quinta de la señora de Mendoza.

Despues se retiró á su cuarto, dejando solos á los dos amigos. Se acostó dando órden á su doncella para que la despertase á las siete.

Efectivamente se levantó, y aunque apenas habia dormido dos horas, se marchó al Retiro, donde la esperaba Geroncio Maravillas.

Cuando volvió á su casa, encontró al marqués bastante grave. Tenia calentura acompañada de un delirio continuo. Temiendo las revelaciones que pudiera hacer, despidió á los criados, y situándose á la cabecera del lecho, pasó junto á él todo el dia y la noche siguiente.

Al amanecer, mandó llamar á D. Severo para que la sustituyera en aquel cargo, y se marchó al Retiro.

No encontrando á Maravillas, segun esperaba, se volvió á casa desesperada.

A las dos de la tarde la anunciaron una visita. Entró en el salon y se halló frente á frente de la noble y simpática señora doña Guillermina San Juan de Mendoza.

— ¡Ah, señora!... exclamó con esa esquisita galantería de las gentes del gran mundo; ¡cuánto siento haberla incomodado!...

— Nada de eso; era un deber de amistad el acudir presurosa á su llamamiento. ¿Y cómo se encuentra el marqués?

— Mal, bastante mal; con una fiebre intensa acompañada de un delirio continuo.

— ¡Qué desgracia! ¿y ha sido la causa....

— Aquella repentina cuanto misteriosa aparicion que nos dejó á todos atónitos. ¿Y á V. qué impresion la hizo?

— La de un asombro completo: despertó en mi mente recuerdos lejanos que dormian en el fondo de mi pecho, representándose ante mí la sombra de una muger que reposa en la tumba hace veinte años.

— ¿La esposa de D. Jorge?....

— Sí, la madre de Alejandrina.

Despues de la pregunta de Cristina y de la afirmativa contestacion de Guillermina, ambas quedaron pensativas, mirándose mutuamente y abismadas en un pensamiento idéntico.

Hallábanse sentadas en un divan; enfrente tenian un bálcon cuyas cerradas persianas vedaban el paso á los brillantes rayos del sol, dejando solamente penetrar en el aposento una ténue y débil claridad.

— ¿Y está V. segura de la semejanza de la difunta marquesa con la aparicion de antes de anoche?... preguntó al cabo de unos segundos la esposa de D. Alvaro.

— Usted sabrá que las impresiones recibidas en la infancia se graban en el alma de una manera indeleble. Así me sucedió á mí con esta familia, á quien yo amaba por mas de un título. Muchas veces en mis horas de meditacion he recordado el dia en que falleció esta señora, y siempre con los ojos del alma la he visto tal y conforme era: alta, morena, magestuosa, con aquellos ojos negros y espresivos, en los que brillaba la inteligencia y la bondad.

— ¡Como la dama misteriosa!....

— Idéntica; exactamente idéntica. ¡Oh! aunque la viera en este momento, aunque las viera juntas, creo no adquirir mas seguridad.

—Véala V. y compare; aquí en el seno de la amistad procuraremos descubrir este arcano sin alucinarnos.

Al decir esto, la marquesa se habia levantado, y abriendo las persianas para que penetrase una luz mas viva, presentó á Guillermina el retrato de la esposa de D. Jorge, que tenia de antemano colocado sobre una mesa.

La de Mendoza fijó en él sus asombrados ojos, en los que asomaron dos lágrimas.

—¡Pobre marquesa! exclamó. ¡Oh, noble y buena amiga de mi querida madre!...

Sumida en una abstraccion dolorosa, seguia contemplando aquella severa figura, recordando sus virtudes, su inmenso amor por la dulce y tierna Alejandrina y el inagotable caudal de sus generosos sentimientos.

La comparaba con Cristina.

¡Cuán diferentes!... y sin embargo, ésta se habia atrevido á ceñir á su sien la corona de marquesa; habíase revestido con sus magnificas joyas, señoreándose en el antiquísimo palacio de sus antepasados.

Mil y mil reflexiones semejantes á estas acudieron á la mente de Guillermina, que se hicieron mas acres, mas amargas por el relato que con referencia á Cristina escuchó la noche antes en boca del conde del Olivo.

Sintió una especie de indignacion, un antipático desvío que la separaba de aquella muger, cuya conducta no era digna del puesto que ocupaba.

Mezclábase á estos sentimientos otro que torturaba su corazon. Los celos. El conde habia amado, ó quizá amaba todavia á la marquesa, y Guillermina idolatraba al conde, si bien guardaba el secreto de su amor en lo mas profundo del alma, porque no se creia correspondida.

Su sufrimiento era grave, intenso: quiso vengarse; toda muger celosa es vengativa; y creyó conseguirlo, aumentando las dudas la intranquilidad de Cristina, en igual de desvanecerlas.

Al efecto se fingió supersticiosa sin serlo, y exclamó despues de un rato con un acento de profunda conviccion:

—¡Oh! ¡no me queda duda!.... La misteriosa aparicion de la otra noche es la misma marquesa.

—¡Oh! ¡qué dice V.!... ¡solo confiaba en su fallo para recobrar la tranquilidad!.... murmuró Cristina juntando las manos con asombro y poseida de un involuntario temor.

—Yo debo decir á V. la verdad, y se la digo.

—Su carta me hizo concebir alguna esperanza.

—Porque no habia visto este retrato; ahora que le tengo presente, adquiero una seguridad notoria y le afirmo segun mi creencia, un aserto que me maravilla, me pasma; pero no puedo menos de creer.

Despues de un instante de silencio en que la marquesa pretendia luchar aun contra la opinion de Guillermina, la preguntó, llevada mas bien de un impulso impremeditado, que de la reflexion:

—¿Usted recuerda las facciones de Alejandrina?

—Sí; era rubia, blanca.... con ojos y cejas negras como el terciopelo, semejantes á los de su madre; solo que la blancura y el dorado color de la cabellera habíalo sin duda heredado de su padre.

—¿Y no podria ser ella?....

—¡Quién!.... ¿La dama de la otra noche?

—Sí; quizá fuese Alejandrina..... balbuceó la marquesa pensativa.

—¿Pues no murió?.... se apresuró á exclamar la de Mendoza fijando en su interlocutora una mirada penetrante.

Se puso pálida al advertir su imprudencia.

Observáronse mutuamente, leyendo cada una en el fondo del pensamiento de la otra.

Sin embargo, Cristina continuó sin desconcertarse:

—Sí, del cólera; en el mismo dia que su padre.

—Entonces, ¿por qué abriga V. la duda de si sería ella?

—Por la misma que abriga de si sería la madre, contestó con seguridad.

—Espliquémonos: ¿V. cree que sería la sombra ó la realidad?

—La sombra: ... me refiero á la sombra; puesto que las dos han muerto.

—Y bien: dado caso que fuera la sombra, Alejandrina al morir era una niña de doce años.... y la dama de la otra noche representaba treinta.

—Es verdad, no puede ser ella; además, tenia los cabellos negros y la tez bronceada como la marquesa.

—Si Alejandrina viviera, tendria hoy la misma edad que su madre cuando murió, y es muy fácil que, á escepcion del cabello y la tez, su semejanza fuera perfecta.

—¡Oh!.... ¡quién sabe!.... ¡quién sabe!.... murmuró la marquesa oprimiéndose la frente con las manos y dejándose caer abatida en un sofá.

La mirada de Guillermina, que permanecia en pié, la siguió con insistencia, queriendo penetrar hasta el oscuro fondo de aquella sombría conciencia.

¡Qué de arcanos! ¡qué tenebrosos misterios se revelaron á su clarísimo talento en un momento de observacion y por las palabras irreflexivas de Cristina!....

—El conde tenia razon...., murmuró en su interior: ¡esta mujer es una víbora!....

Luego, acercándose á ella con la mas esquisita galantería, la dijo:

—Siento, querida mia, que mis palabras, mis suposiciones, infundadas quizá, hayan acrecido en V. el temor que hubiera deseado ver desvanecido.

—Nada de sentimiento, mi querida amiga; puede V. creer que estoy perfectamente tranquila, contestó con una fria gravedad, cuya causa no se escapó á la penetracion de Guillermina.

—Lo celebro; hay misterios en la vida que es preferible olvidarlos, á pretender indagar su origen.

—¡Oh! el que nos ocupa no será echado en olvido, y la prometo descubrirle.

—Si para ello puedo serla útil.... sabe V. que la aprecio.

—Mil gracias; su cooperacion me es ya ineficaz.

Estas palabras de la marquesa eran concluyentes; Guillermina no quiso contestar á ellas, y variando la conversacion sobre cosas indiferentes, se despidió al cabo de un rato.

En la puerta del salon volvieron á reiterarse sus protestas de amistad.

—Querida mia: ¡mil gracias por todo!.... ¡sabe V. que siempre somos amigas!.... exclamó Cristina estampando dos besos en las mejillas de la de Mendoza.

—¡Oh! ¡es V. muy amable! contestó ésta devolviéndoselos; puede V. contar siempre con la espresion de mi eterno cariño.

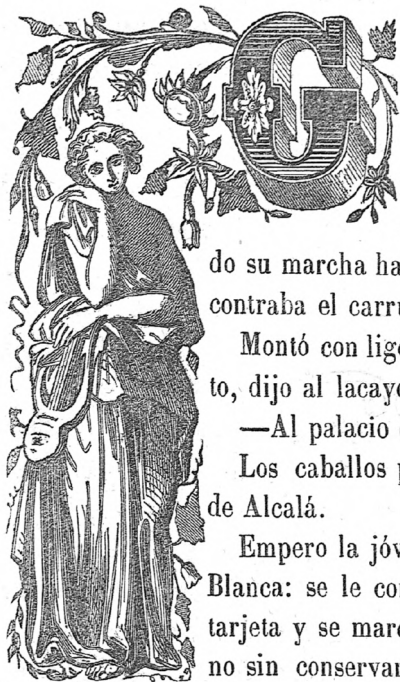
Se separaron apretándose la mano. Sin embargo, en los ojos de ambas brilló un relámpago de ódio.

Se detestaban mutuamente, y en su interior acababan de prometerse entre ambas una lucha á muerte.



CAPÍTULO XV.

Maravillas.



GUILLERMINA, al salir, encontró en la antesala á D. Geroncio Maravillas que le saludó con una profunda cortesía. Devolviéndole su saludo sin detenerse y continuando su marcha hasta la escalera, á cuyo pié se encontraba el carruaje.

Montó con ligereza, y colocándose en su asiento, dijo al lacayo en voz breve:

—Al palacio de Blanca la Estranjera.

Los caballos partieron con rapidez á la calle de Alcalá.

Empero la jóven no tuvo el gusto de conocer á Blanca: se le contestó que no recibia; dejó una tarjeta y se marchó á su quinta apesadumbrada, no sin conservar la esperanza de que su visita fuese devuelta y satisfacer entonces su ardiente curiosidad.

Volvamos á casa de la marquesa, donde hemos dejado á Maravillas solicitando el honor de saludarla.

Le obtuvo inmediatamente; sin embargo, Cristina estaba de mal

humor, tanto por el resultado de su entrevista con Guillermina, como por haber aguardado inútilmente dos días á Geroncio.

—Siéntese V., si gusta, le dijo señalándole una butaca, despues de haber contestado á su saludo con un leve movimiento de cabeza.

Maravillas permaneció de pié.

Ella ocupó un sitio en el sofá.

Alzó los ojos, y al encontrarse con la silenciosa inmovilidad y con la interrogativa mirada de Maravillas, le dijo:

—Y bien, ¿qué tenemos despues de dos días de ausencia?

—Amiga mia, si no varías el tono de reina ofendida, me retiro sin decir una palabra hasta que el nublado pase.

—Si estoy incomodada, tengo motivos para ello: bien lo sabes tú, contestó con acento colérico.

—Te engañas á fé mia. Yo he recibido órdenes tuyas que me era indispensable cumplir antes de volver á tu presencia, y eso ha sido lo que me ha ocupado este tiempo.

—Entonces, ¿traerás muchas noticias?

—Sin ellas no hubiera venido: me despedí de tí en el Retiro, resuelto á indagar un misterio profundo.

—¿Y lo has conseguido?

—En parte.

—Veamos, veamos; siéntate.

—¿Ha pasado tu enojo?

Una sonrisa y un gracioso mohin le anunció que iba pasando: entonces ocupó un asiento próximo al que ella ocupaba.

La marquesa, mirándole fijamente, exclamó:

—¡Estás pálido! ¿Qué tienes? ahora que te miro de frente, lo advierto. ¿Has estado enfermo?

—He permanecido muchas horas aletargado.

—¿Por qué causa?

—Acaso la de la sorpresa que me ocasionó verme rodeado de fieras en el palacio de la Estranjera.

—¿Conseguiste penetrar en él?

—Sí. Escucha lo que me ha pasado.

Apoyó la mano en la frente como para reunir sus ideas, y luego exclamó con voz lenta:

—Al separarnos antes de ayer por la mañana, me fuí á la calle de Alcalá; quise entrar en el palacio; pero me lo impidieron los porteros. Entonces dejé pasar un rato, y aprovechando la ocasión en que no me veían, me deslicé furtivamente, y entrando en un gran patio que se vé desde la calle, me escondí entre las ramas de una porción de naranjos que rodeaban una fuente.

—¡Ese palacio debe ser una morada encantadora!.... le interrumpió la marquesa.

—¡Oh! digna de un rey..... ¡Qué suntuosidad!.... ¡qué grandeza!.... Es un paraíso donde el lujo y la riqueza encantan á quien lo vé. Yo por mí sé decirte, que no he visto nada semejante ni que pueda tener siquiera el menor punto de contacto.

—¿Permaneciste mucho tiempo entre los naranjos?

—Bastante. Desde allí me propuse observar en silencio todas las operaciones de la casa; empero, nada ví de particular. Los criados pasaron por delante de mí varias veces y no me vieron: una de ellas se dejaron abierta una puerta, por la cual, bajando una escalinata, se entraba en un jardín. Comprendí que allí podía esconderme mejor, y abandonando mi primer sitio, bajé.

Otra maravilla, amiga mía; aquello no es jardín, es un eden..... ¡Qué magníficos árboles!.... ¡Qué selvas!.... Allí habías de ver cascadas, preciosos surtidores, grutas por un lado, apareciendo debajo de una montaña peñascos, por otro donde van á estrellarse las aguas de un torrente, y multitud de estatuas, plantas raras y que recuerdan los preciosos bosques de América.

Embelesado, absorto y examinando todo con la curiosidad de un niño, pasé largas horas, sin acertar á salir y sin que nadie me viese, como si mi presencia ahuyentase á los criados de la casa.

Confiaba en la oscuridad del crepúsculo para penetrar en las habitaciones y conocer á la Estranjera; pero cuando quise poner en práctica este medio, me hallé las puertas cerradas. Retrocedí hácia el jardín, y siguiendo una calle de árboles, fuí á parar á un

lucido pabellon, del cual salian los acordes de una música deliciosa.

Animado por la esperanza de conseguir mi objeto, me acerqué presuroso, escondiéndome entre unos árboles y alargando la cabeza de modo que podia mirar por una ventana, cuyas persianas quedaron entreabiertas.

Pero cuál sería mi sorpresa al encontrar en aquel mágico recinto, donde la riqueza y el buen gusto se daban la mano, á una señora anciana con la cabellera blanca como la nieve, rodeada ¿de quién dirás?

—No es fácil adivinarlo, contestó la marquesa.

—Pues pásmate..... Estaba toda mi familia en torno de aquella señora.

—¡Qué cosa tan rara! parece mentira.

—Ojalá no fuera tan verdad. Allí estaban mi suegra, mi mujer, mis hijos, todos lujosamente vestidos y escuchando con delicia las armonías de la orquesta.

Me quedé inmóvil, sin atreverme á respirar y con el miedo de ser descubierto y acometido por todos ellos, porque verdaderamente les he jugado una mala pasada. Tu amor me arrastra á cometer toda clase de excesos, sin que deberes ni consideraciones sean suficientes á detenerme en la resbaladiza senda.

—¿Lo sientes por ventura?

—No, á fé; y sino, ya ves cómo marchó impávido por el camino que me trazas.

—Continúa tu aventura.

—Mucho tiempo estuve allí inmóvil, sin atreverme á respirar; las palabras de mi familia no podian llegar á mi oido por la distancia á que se hallaban; pero las ví perfectamente levantarse, cuando la señora anciana se dirigió á la puerta.

La saludaron, inclinándose con gravedad, salió; y yo que iba de sorpresa en sorpresa, me quedé atónito al verla acompañada de dos leones hermosísimos que la seguian con la docilidad de dos falderos. Dos negros con luces la precedian; otros dos la seguian, pa-

saron por delante de mí, sin observar siquiera que un extraño contemplaba aquel grupo con asombro.

Apenas desapareció la señora, cesó la música; mi familia abandonó el salón, saliendo por una puerta en la cual yo no había reparado. Quise alejarme de aquel sitio; mas de pronto, y sin saber cómo, me ví rodeado de todos ellos, empezando á llover sobre mí los denuestos é imprecaciones de mis suegros, de mi muger y de mis hijos, con mas las amenazas de seis fornidos negros que les acompañaban.

No quiero referirte todo lo que se les ocurrió; bástate saber, que no queda palabra dura ni recriminacion cruel que no me dirigieran. Por último, viendo que yo tomé el partido de callar, no pudiendo defenderme de otro modo, dijo la arpía de mi muger con un tono que hacía honor á sus sentimientos:

—¡Ea, muchachos! llevadle á la jaula de las fieras y que les sirva de pasto; así nos veremos libres de un malvado.

Decir esto y levantarme en alto aquellos seis demonios, fué obra de un momento. Se hicieron sordos á mis ruegos, zampándome sin la menor consideracion en una leonera.

Allí me dejaron solo y se marcharon.

Quedé completamente á oscuras, y pudiendo percibir con el resplandor de la luna, que penetraba por una ventana, varios bultos que me rodeaban rugiendo de una manera espantosa.

Retrocedí temblando hácia la pared; ellos me seguian con obstinacion.

De pronto se abrió una puerta y entraron en una habitacion inmediata, separada de la en que yo estaba por una gran reja, los dos leones que acababa de ver en el jardín acompañando á la señora. Iban atados con una cadena; dos negros les precedian, uno de ellos dijo en francés:

—¿Está bien cerrada esa reja? Mira que en esa pieza inmediata duermen esta noche las panteras, y están furiosas porque no han comido su racion de vaca.

Como para contestar á estas palabras, lanzó uno de los bultos

que se movian á mi lado un rugido tan espantoso, que me hizo temblar.

Articulé un pequeño grito, pidiendo socorro á los criados; mas apenas se escuchó el metal de mi voz, lanzáronse sobre mí dos ó tres de aquellos furiosos animales; caí en tierra y no recordé mas, porque perdí el sentido.

—¡Qué horrible aventura!....

—¡Ah! muy horrible en verdad..... Yo no sé quién me socorria, sin duda los negros, porque al volver esta mañana de mi letargo, me encontré en mi casa tranquilamente acostado en mi cama.

La patrona me rodeaba solícita.

—¿Qué es esto? la pregunté; ¿dónde me encuentro?

—Tranquilícese V., D. Geroncio, me contestó..... ya ha pasado el peligro; pero hemos temido por su vida.

—¿Cómo así? ¿Quién me ha traído?

—Dos hombres vinieron anoche con V. diciendo se habia V. puesto malo en casa de la señora marquesa de Blancarosa.

—¡En mi casa!.... ¡Jesús!.... ¡qué mentira! se apresuró á decir Cristina.

—Pues no hay duda, ellos lo dijeron así á la patrona, ella no conocia tu nombre, ni sabe siquiera que te visito.

—¿Entonces esa muger sabe nuestros secretos?

—¿Quién? ¿la patrona?....

—No, Blanca la Estranjera; puesto que tiene á tu familia en su palacio, y sus criados pronuncian mi nombre. ¡Oh! ahora mas que nunca tengo interés en conocerla. Pero no debe ser la que tú has visto, porque he oido decir que es jóven y bella.

—Lo ignoro; la anciana que ví rodearse de leones, se daba mucha importancia y era tratada por todos con la mayor consideracion.

—¡Oh! es preciso que te reconcilies con tu muger; por ella sabremos muchas cosas.

—¡Eso nunca!.... por tí la he abandonado, ¿y quieres que por

una mira interesada, en la que no tiene parte el amor, nos reunamos otra vez? eso no.

—¡Y qué te importa, si la recompensa de todos estos sacrificios al fin y al cabo ha de ser mi cariño!....

—No lo dudo, mas hasta hoy solo promesa he conseguido de tí.

—Y no alcanzarás otra cosa por ahora.

—Siempre dando largas á mi amoroso anhelo, no sé cuándo estarás satisfecha.

—Ya te lo he dicho: cuando me haya vengado de D. Severo, que me ha inferido una ofensa gravísima. Y cuando conozca todos los secretos de esa muger que me fascina con su fausto.

—Dos cosas casi imposibles; tú quieres vengarte sin ruido, sin violencia, socavando en silencio la base sobre que descansa el edificio de su fortuna; y eso no puede ser.

—Todo lo que se quiere se puede.

—No abrigo esa creencia; todas las cosas tienen su limite en la vida; en llegando á él, es imposible seguir adelante.

—Careciendo de energia y de perseverancia, ya lo creo; pero á mí me sobra audacia para seguir adelante mi empresa; si tú tienes miedo, retírate, no necesito tus servicios.

—¡Miedo yo!.... ¡miedo!.... ¡cuando por tí he penetrado en una casa, á riesgo de ser descubierto y conducido como un ladrón al Saladero!....

—Sí; mas ibas en la persuasion de que mis influencias te hubieran sacado de cualquier percance.

—Por eso me han sacado de las garras de los leones.

—¡Quién habia de prever una aventura semejante!....

—Ahí verás, como yo por tal de complacerte y de merecer tu amor, arriesgo mi reputacion, mi libertad y hasta mi vida, y en cambio solo recibo desdenes y alguna que otra vez promesas vagas..... realidades ¡nunca!....

—¡Oh! para eso tienes que hacer muchos méritos.

—Yo te he repetido cien veces, que ordenes, dispongas á tu antojo, yo seré el brazo que ejecute, tú la voluntad que dispone.

—Y bien, ahora mismo, á una de mis prevenciones acabas de

responderme *nunca*, palabra que no debieras usar en mi presencia.

—Mejor que unirme á mi muger; volviendo otra vez bajo la dependencia de sus padres, consentiria en toda clase de sacrificios.

—¡Y si es el único medio que tenemos para saber de esa muger!....

—Busquemos otro; no faltarán.

—Bien, proporcióname entrar en ese palacio; quiero yo misma admirar tantas maravillas, y revoco la orden.

—No será difícil, porque al dejarme en casa de mi patrona, los criados de la Etranjera le dieron un papelito para mí; hèle aquí, está escrito en francés.

—Veamos, veamos.

Maravillas leyó lo siguiente, traduciéndolo con trabajo:

«Caballero: hemos salvado á V. la vida, y si por esta ocasion conserva agradecimiento, debe recompensarnos pródigamente. Nos está prohibido buscarle; pero si V. quiere vernos á mi compañero ó á mí, nos encontrará todos los domingos de ocho á diez de la noche en la taberna de Chupasangre, en Lavapiés. Presentándose, nosotros le conoceremos.»

—¡Oh! ese papel es un tesoro; tenemos á nuestra disposicion dos criados, que por un puñado de oro nos servirán de espías, exclamó la marquesa.

—Y además podrán introducirnos en el palacio sin riesgo de ser descubiertos, cómo me ha sucedido á mí, añadió Maravillas.

—Al propio tiempo que nosotros, mi marido y D. Severo penetran en él; tienen casi tanta curiosidad como yo en descubrir los secretos de su misteriosa conducta, y como ya la conocen por haberla visto una ó dos veces, nos indicarán si es ó no la que tú has visto rodeada de negros y de leones.

—Tienes razon, pero entonces habrá que contarles mi aventura.

—¡Y qué importa!.... ya se lo pintaré yo de modo que no conozcan nuestra intimidad.

—Lo dejo á tu discrecion; entre tanto, mañana es domingo,

veré á los negros y empezaré á poner en planta nuestro proyecto.

—Corriente; te aguardo por la noche en mi gabinete hasta las doce, ó el lunes por la mañana en el Retiro.

—No faltaré; adios.

Algunas palabras amorosas hubieran completado su entrevista, si en aquel momento no se presentára un criado anunciando á don Severo.

—¡Qué pase!.... contestó la marquesa.

Despidió á su amigo con un apretón de manos, y cambiando un ceremonioso saludo con el raquíptico lego, le indicó un sillón.

—El marqués descansa, dijo éste, se ha dormido, yo voy á retirarme y vengo á despedirme de V.

—¡Mil gracias!.... siéntese V. un momento, tenemos que hablar.

—Como V. guste, mi querida amiga, contestó D. Severo ocupando un asiento cerca de ella.

Antes de transcribir su conversacion y para la mejor inteligencia de nuestros lectores, diremos dos palabras acerca de estos personajes que tan importante papel hacen en nuestra novela.



CAPÍTULO XVI.

**Diminuto.**

FÁCILMENTE habrán conocido nuestros lectores el carácter de Cristina, por lo que llevamos narrado, así como el de D. Severo.

Ella ambiciosa, vana, sin religión y sin creencias, con un corazón completamente pervertido, é incapaz de abrigar ningún sentimiento religioso, llegó á adoptar el sistema de que para adquirir dinero, todos los medios son buenos. Y en su consecuencia, tuvo una vez necesidad de recurrir al bolsillo de D. Severo; empero éste, cuyo flaco era el mismo que el de Cristina, solo que diferían en el término, porque la una lo quería para gastarlo y el otro para guardarlo, no se prestó á complacerle. Viendo que sus artificios la salieron fallidos, apeló á la coquetería; mas también este recurso fué á chocar contra un corazón de piedra, insensible á las gracias y á los encantos femeninos.

Aquí su rabia no tuvo límites: se había humillado inútilmente, sacando solo de su humillación una profunda herida en su amor

propio, que la hizo concebir un inmoderado deseo de venganza.

Desde entonces le trató con una frialdad glacial, siendo sin embargo, correspondida por parte de él con una cortesanía infinita. Les era imposible romper abiertamente, porque estaban unidos con los indelebles lazos del crimen, ¡lazos funestos! acaso los mas difíciles de romper.....

La idea fija, el constante anhelo de la marquesa, era perderle, hacer que su opinion de hombre honrado decayese, y apoderarse de un modo ó de otro de todas sus riquezas. Al efecto le rodeó de espías, se enteró de muchos secretos y supo tres cosas, de las cuales se propuso sacar partido. La primera, que tenia una ama de llaves, vieja devota, llamada tia Lentejas: la segunda, que le visitaba de vez en cuando, sacándole enormes cantidades, un moceton de Lavapiés, conocido por Tragabombas; y la tercera, que habia recibido hacia poco en su casa á una sobrinita jóven y bella.

Desde luego y no estando en antecedentes, llegó á figurarse si sería su amada, y en esta creencia, la odió con sus cinco sentidos, creyéndola causa del desprecio que habia sufrido.

Conocida ya la causa de la animadversion que ambos personajes se tenian, oigamos su conversacion.

—He reclamado su atencion un momento para darle una buena noticia, dijo la marquesa.

—Y bien, veamos cuál.

—¿No queria V. conocer á Blanca la Estranjera?

—Pchí..... me es indiferente.....

—Creí haber comprendido que V. y mi esposo lo deseaban vivamente.

—Alvaro mas que yo. Segun dice, la ha visto una vez, y es tanto el interés que despierta, que no se puede menos de tratar de conocerla.

—¿Y dónde la vió? Me estraña, porque se oculta de todo el mundo.

Aunque la marquesa se lo habia oido decir á su marido, fingió no saberlo por si los encontraba en contradiccion.

—Fué una escena muy novelesca, que dejó asombrados á cuantos la presenciaron.

—Segun parece, al pasar el Santo Viático por la calle de la Montera, cruzó una elegantísima carretela. Iba dentro una dama muy jóven y muy hermosa que se apresuró á apearse, ofreciéndola al sacerdote. Ella le siguió á pié mezclada entre la concurrencia que la miraba con asombro.

Detuviéronse en una casa de la calle de Jardines, subieron hasta el quinto piso, y en una de las buhardillas, un pobre anciano moribundo recibió á su Divina Magestad.

Una familia indigente y desvalida se agrupaba en aquella infecta habitacion, habiéndose aumentado en tan triste momento con una hermana del enfermo y seis hijos, á quienes el casero acababa de arrojar inhumanamente de su cuarto porque no podian satisfacer los alquileres. De modo que en una pieza reducidísima se agrupaban catorce ó diez y seis personas. Blanca la Estranjera, pues ella era la elegante dama, contemplaba aquel cuadro con asombro: se enteró por el casero, allí presente, de lo que ocurría, y con un desprendimiento digno de una reina le dijo:

—¿Querria V. vender la casa?

—¡Oh! Sí, señora, contestó; si me la pagan bien, enseguida.

—¿Cuánto vale?

—Cincuenta mil duros.

—Corriente: haga V. estender la escritura á nombre de esa familia desventurada y mande V. por el dinero al palacio de Blanca la Estranjera, en la calle de Alcalá: esta tarjeta le facilitará la entrada.

El casero la tomó, mirando con asombro á la espléndida señora que con tanta indiferencia regalaba un millon de reales.

Alvaro, que presenciaba esta escena, tambien la miró absorto, siguiéndola con una indecible curiosidad.

El sacerdote, concluida su santa mision, se dirigió á la iglesia; Blanca le acompañó hasta allí; despues, montando en su carruaje, desapareció con rapidez.

—Pues hay quien ha penetrado en su palacio y asegura que Blanca es una señora anciana con el cabello blanco.

—Sería su hija ó su nieta aquella dama.

—Puede ser; ¡son tantos los misterios de esa casa!...

—Infinitos; y continuamente dan pábulo á la curiosidad con acciones semejantes á la que acabo de referir. Ahora se dice que se ocupa en la creacion de un barrio entero de casas, donde edificará multitud de cómodas y desahogadas habitaciones con destino á los pobres que se consumen en las míseras buhardillas de la capital.

—¡Oh! ¡qué horrible necesidad! ¿No le parece á V. que sería mejor gastado ese dinero en dar magníficos bailes, á los que concurrirían toda la aristocr cia madrileña?

—Yo por mi parte, mejor que en colonias para los pobres y que en bailes, lo guardaria para una necesidad.

—Enterrado debajo de un ladrillo, ¿eh?... exclamó la marquesa con ironía.

—Justamente, para que no me lo robasen.

—Y al morir, dejarlo all  para el primer advenedizo que tuviera la suerte de encontrarlo,   acaso para que lo disfrutasen las sobrinitas, ¿no es verdad, señor D. Severo?

—Ni para uno ni para otro, contestó con impasibilidad, mirando al retrato de la difunta marquesa con ánimo de variar la conversacion.

—Y   propósito, exclamó; ¿qué ha resultado de la confidencia con la diminuta Guillermina?

—Nada; esa muñeca, como V. se complace en llamarla, es por cierto bien impertinente, y en igual de desvanecerlas, solo ha sabido aumentar mis dudas.

—¿Y cómo averiguaremos la verdad?

—Dejando al tiempo ese cuidado; no veo otro remedio.

—Es cosa que me preocupa un poco.

—Yo tambien confieso   V. que estoy algo intranquila; pero ¿qué haremos?

—Tener paciencia, observar con el mayor cuidado los mas pequeños incidentes de la casa, y si otra vez se presenta, tener valor para detenerla, encerr ndola en una habitacion.

—Podrá ser en el tocador de Alejandrina, echando la llave por